
TEORÍA DEL DISCURSO Y CRÍTICA POLÍTICO- CULTURAL: DE SAUSSURE A LACLAU, VÍA BARTHES¹

Roberto Pareja²

Cómo citar: Pareja, R. (2008). Teoría del discurso y crítica político-cultural: de Saussure a Laclau, vía Barthes. *Página y Signos: Revista de Lingüística y Literatura*, 3, 31-42. <https://doi.org/10.5281/zenodo.10891540>

RESUMEN

Este trabajo presenta un breve recorrido desde la lingüística estructural hasta la teoría posestructuralista del discurso. La noción de discurso no consiste en la simple proyección del sistema lingüístico a los contextos de uso, sino que implica la construcción social de lo que Ernesto Laclau llama “significante vacío.” La instancia de discurso instaura una lucha para que unos determinados significantes signifiquen performativamente los límites del sistema de significación. Todo discurso tiene una dimensión ideológica que se basa en la capacidad de construir estos significantes vacíos. Se ejemplifica este proceso con el caso de los discursos contruidos alrededor de la figura de la artista Gladys Moreno.

Palabras claves: teoría del discurso, Ferdinand de Saussure, Ernesto Laclau, posestructuralismo, política, ideología y cultura.

¹ Una versión de este texto se presentó como conferencia en el Primer Congreso Nacional de Semiótica “Espacios y proyecciones de la semiótica en Bolivia.” Santa Cruz, 21 de septiembre de 2007.

² Docente-investigador de la Universidad Privada de Santa Cruz.

Teoría, ciencia, filosofía: ¿crítica del mito y de la ideología?

Partamos con una definición de teoría. Una primera definición, siguiendo el texto clásico de historia de la filosofía de Julián Marías, igualaría teoría, filosofía y ciencia (Marías 1941: 4-5). En este caso, la actitud teórica y la científica coinciden en el distanciamiento que se requiere para alcanzar conocimiento de algo. La persona teórica se separa de las cosas, y se pregunta por ellas, en lugar de estar *entre* ellas, usarlas, gozarlas o temerlas. La actitud teórica consiste en aislar una cosa, sacarla de su contexto. Allí donde antes había fuerzas o poderes mágicos, pone cosas, es decir: objetos que siguen leyes predecibles. Por lo tanto, la teoría se opondría al mito. Para esta definición, la teoría es ciencia porque se ocupa del ser de las cosas y maneja nociones de verdad y falsedad. Lo primero que observamos en esta concepción de teoría es que el sujeto humano es la fuente de sentido de las cosas. Al separarse de ellas, por un esfuerzo voluntario y consciente, el sujeto individualiza fenómenos, los nombra, y al nombrarlos, les otorga un significado. El sujeto desacraliza el mundo al objetivarlo, al reemplazar las potencias irracionales de los dioses por fenómenos que siguen leyes racionales, empíricamente observables, y que responden a un plan universal único, independiente de las voluntades, perversas o benignas, de dioses y hombres.

Una definición alternativa de teoría, aunque no totalmente diferente a la anterior, opone teoría e ideología. Es decir, ciencia y opinión. En otras palabras, opone conocimiento científico al ocultamiento de la verdad que realizan las construcciones ideológicas. Ahora bien, el problema al que nos vemos enfrentados aquí (problema enunciado por el título) es que si teoría se opone a ideología, la teoría del discurso es un tipo muy particular de teoría ya que parte del principio de que no existe un conocimiento que no sea ideológico; es decir que no existe un discurso que pueda librarse de los condicionamientos sociales, económicos e ideológicos que están presentes en toda práctica discursiva, incluyendo la científica³. Esta contradicción es mi punto de partida: ¿cómo es posible generar una teoría a partir del supuesto de que ninguna teoría es neutral?

³ Para una aproximación distinta a la teoría del discurso y su relación con la ideología, ver, por ejemplo, el artículo de Teun A. van Dijk "Ideología y análisis del discurso," *Utopía y Praxis Latinoamericana* 2005 (10) 9-36. Fue originalmente presentado en una conferencia en Oxford en el 2004. La versión castellana se puede encontrar en línea.

El discurso: ese desconocido

Pero vamos por partes. Y continuemos con otra definición. Lo que tenemos que preguntarnos a continuación es: ¿qué es discurso? Hay varias maneras de definirlo. En primer lugar, y lo más obvio, es responder que el discurso es el objeto de la teoría del discurso. Pero al decir esto ya estamos introduciendo un nivel de complejidad, ya que lo que estamos diciendo es que una determinada práctica discursiva, en este caso la teoría del discurso, construye un objeto: el discurso. En otras palabras, un discurso tiene como objeto la noción misma de discurso. Pero antes de llevar más adelante esta idea, vamos a dar una definición preliminar de discurso siguiendo al lingüista Émile Benveniste: “El discurso es lenguaje puesto en acción entre partes” (Benveniste 1989).

La noción de discurso presupone la existencia del lenguaje, lo que equivale a decir que presupone la existencia de un sistema de significación. El lenguaje es *necesariamente* un sistema de significación. ¿Pero cómo llegamos a la noción de discurso desde este sistema de significación? De partida podemos decir que no vamos a llegar a la noción de discurso por la simple proyección de las categorías de la lengua a los contextos sociales, a su uso. El saber lingüístico es necesario para la noción de discurso, pero, como veremos, cualquier discurso siempre rebasa las categorías de los sistemas de significación (Verón 1998).

Ahora bien, para entender lo que sigue, vamos a recorrer brevemente los elementos esenciales de todo sistema de significación. El discurso como unidad de significación solo ha sido reconocido por la lingüística recientemente. La lingüística estructural proveía el modelo analítico para tratar todos los sistemas de signos. Era el modelo para la semiología, que fue elaborada como disciplina por el investigador francés Roland Barthes, entre otros, en los años 60 y 70 del siglo XX, siguiendo el trabajo del lingüista suizo de fines del siglo XIX, Ferdinand de Saussure (Barthes 1990).

La lingüística, específicamente la lingüística estructural, al estudiar los lenguajes naturales, produce una serie de conceptos formados por pares de oposiciones. De esta serie de dicotomías conceptuales, aquí nos vamos a ocupar de la oposición entre lengua/habla y significado/significante. Esquematisando la primera dicotomía, nos quedamos con este cuadro sinóptico:

- a) Lengua: es un puro objeto social, conjunto sistemático de las convenciones necesarias para la comunicación, indiferente a la materia de las señales que lo componen.
- b) Habla: es la parte puramente individual del lenguaje que incluye la producción del sonido, la realización de las reglas y las combinaciones de signos.

En la definición de lengua, se establece que es un sistema de valores: esto significa que la lengua está constituida por un número *finito* de elementos. Cada uno de estos elementos del sistema es, a la vez, una identidad que vale en la medida en que es diferente de las otras identidades, pero a la vez todos los valores del sistema son equivalentes en la medida en que son parte del mismo sistema, diferenciándose de otros conjuntos sistemáticos. En otras palabras, la lengua es un sistema de diferencias, en el que el valor de las identidades es puramente diferencial/relacional pero que contiene también una lógica de igualdad o equivalencia (Barthes 1990).

El habla es un acto individual de selección y actualización que se constituye por las combinaciones que realiza el sujeto hablante y que le permiten utilizar el código del lenguaje para expresar su pensamiento, lo que implica que hay un número *infinito* de actualizaciones del sistema. El habla, en su aspecto de actualización del sistema, se acerca a lo que llamamos discurso, es decir, el sistema en uso.

Para la lingüística estructural no podía existir una lingüística del habla, no podía existir una lingüística del discurso. Para el estructuralismo, toda habla desde que se la aprehende como parte de un proceso de comunicación es ya lengua, conjunto sistemático. Para el estructuralismo, el hecho de separar la lengua del habla es lo que constituye el proceso de significación.

Junto al par lengua/habla, la lingüística vio necesario establecer una oposición al interior mismo del signo lingüístico: significante y significado. Para la lingüística, el signo es una entidad de doble cara (como una hoja de papel), compuesta por un significante y un significado, una imagen acústica y un concepto. Entre el significante y el significado se establece una relación inmotivada, puesto que, por ejemplo, la imagen acústica “p-e-rr-o” no tiene una

relación motivada con el concepto “perro” (animal cuadrúpedo doméstico). Y la razón es obvia: el mismo concepto se significa en otros idiomas con diferentes significantes sonoros o gráficos: “d-o-g”, “s-a-b-a-k-a”, “h-u-n-d”, “ch-i-e-n”. O, más interesante aún, el mismo concepto tiene significantes alternativos en castellano: “c-a-n”, “qu-i-l-tr-o”. Sin embargo, esta inmotivación no hace desaparecer la obligatoriedad del vínculo entre el significante y su significado. Para poder significar el concepto perro, necesariamente tengo que articular el significante disponible en el sistema de significación en el que he sido socializado (o un significante alternativo). La relación entre significante y significado es inmotivada pero necesaria.

La significación es el acto que une el significante y el significado, acto cuyo producto es el signo. Pero el valor lingüístico del signo no viene de la relación entre significante y significado, es decir del proceso de significación, sino del sistema mismo, del juego de diferencias/valores que componen el sistema. Sin embargo, todo acto de significación es ya un acto de discurso porque el acto de unir un significante con un significado está abierto a la contingencia y anuncia la posibilidad de que los términos del sistema puedan variar. Si el sistema de significación es un sistema cerrado compuesto por valores relacionales, el discurso es un sistema abierto que permite posibilidades no previstas o simplemente excluidas por el sistema de significación. Si el discurso es lenguaje puesto en acción entre partes, el discurso es actualización del sistema, es su realización.

Ahora bien, esta realización no es una simple actualización mecánica de los valores diferenciales que animan el sistema. Al actualizar el sistema, las instancias de discurso, es decir las localizaciones donde el sistema se actualiza (que pueden ser individuales o colectivas o una mezcla de ambas), buscan determinar los posibles significados de los significantes. Dicho de otro modo, en las instancias de discurso se produce una lucha por fijar un significante a un significado⁴.

⁴ Fue el teórico y crítico soviético Mijail Bajtin uno de los que primero reintrodujo en el estudio del lenguaje y la literatura la dimensión propiamente política. Ver, por ejemplo, **La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais** (Barcelona: Barral Editores, 1974). En el contexto medieval y renacentista europeo, el discurso carnavalesco de Rabelais hace evidente que la relación entre significante y significado implica conflictos socio-políticos e ideológicos.

Según Saussure, todo lenguaje natural, y por extensión, todo sistema de significación, es un sistema de diferencias. Es decir, las identidades lingüísticas (o valores) son entidades puramente relacionales y, por lo tanto, en cada acto de significación está involucrado todo el sistema. De esto se concluye que la totalidad es un requisito esencial para la significación. O dicho de otro modo: si las diferencias o valores no constituyeran un sistema, la significación no sería posible. A lo que hay que añadir que todo sistema constituye su totalidad construyendo sus límites. De ello se concluye también que lo que constituye todo sistema es el acto de exclusión necesario para delimitar los confines del sistema.

Discurso e ideología

A partir de aquí, la terminología que usamos para describir un sistema de significación va adquiriendo fuertes connotaciones políticas. Si todo sistema de significación se funda en una exclusión, entonces el discurso cuando intenta significar lo excluido necesariamente subvierte el sistema. Esta subversión opera mediante una lógica equivalencial. Las diferencias que constituyen el sistema se articulan a un significante que, al vaciarse de su significado particular, apunta hacia lo excluido. Los significantes del sistema construyen una cadena de equivalencias que tiende a ser infinita, y por lo tanto desafían la clausura que es necesaria para que el sistema pueda significar, pero posibilitan la significación de la totalidad en cuanto tal (Laclau 1996:39).⁵

En su importante estudio sobre la producción social de significantes vacíos, Ernesto Laclau da un ejemplo, tomado de la estrategia socialista Rosa Luxemburgo, de la formación de la unidad de la clase trabajadora a través de la acumulación de las luchas parciales durante un largo periodo de tiempo. En un clima de represión extrema (es el caso de la Alemania nacionalsocialista del ejemplo de Laclau), una movilización particular es vista no como una demanda concreta sino como un ataque al sistema en su totalidad. Para Luxemburgo, la identidad de masa se forma durante un largo periodo de tiempo, en el cual las demandas, luchas y movilizaciones particulares tienden a fusionarse. En este

⁵ Las referencias de páginas son a la edición inglesa del libro de Ernesto Laclau, **Emancipation(s)**. (Londres: Verso, 1996). Hay traducción española: **Emancipación y diferencia** (Buenos Aires: Ariel, 1996).

contexto revolucionario, el significado de las luchas particulares se halla internamente dividido entre, por un lado, la meta concreta de una lucha particular y, por el otro, la oposición al sistema. Es la oposición al sistema lo que iguala las diferentes luchas y demandas. La dinámica de cualquier demanda o lucha implica esta doble dimensión: un movimiento que simultáneamente afirma y niega la particularidad de la demanda (Laclau 1996: 40-41). En un momento determinado, los significantes individuales se articulan a un significante vacío que apunta hacia el elemento común que une las demandas particulares.⁶ Es el momento político-ideológico de la instancia de discurso. Este proceso ideológico ha sido estudiado por Luis H. Antezana para el caso del nacionalismo revolucionario en Bolivia, proceso que se inicia desde el momento previo a la Guerra del Chaco y se extiende hasta los años 80 del siglo XX (Antezana 1983).

Como hemos visto, la lingüística descompone el lenguaje en sus partes mínimas, organiza oposiciones binarias y construye un sistema de diferencias cerrado. El discurso, por el contrario, no es binario, sino que siempre toma en cuenta un tercer elemento excluido. La operación discursiva por excelencia es la lógica de las equivalencias que, a partir de un vaciamiento de un significante de la cadena sintagmática compuesta por las demandas, subvierte el sistema de diferencias para apuntar hacia un objeto fuera del sistema. Es por eso que, en cierta medida, todo discurso implica una función ideológica. Todo discurso en algún momento apunta hacia lo reprimido, lo inconsciente, lo que queda fuera.⁷

Ahora bien, el problema central que enuncia la teoría del discurso de Laclau es que los límites de la significación solo pueden enunciarse como la imposibilidad de llevar a cabo lo que existe dentro de esos límites. Por lo tanto, se trata de una significación indirecta de los límites, ya que si los límites pudieran representarse de una manera directa, estos límites serían internos al sistema de significación y, por lo tanto, no serían límites. Todo sistema tiene límites, pero el punto nodal de toda construcción discursiva consiste en cómo el sistema mismo

⁶ En un libro reciente sobre la construcción discursiva del “pueblo”, Laclau desarrolla esta explicación de una manera más matizada. Ver el capítulo “La construcción del pueblo” en Ernesto Laclau, **La razón populista**. (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005). 91-197.

⁷ Consultar la sección “Nominación y afecto” del citado libro de Laclau donde el autor explicita la dimensión psicoanalítica lacaniana de su teoría del discurso a partir de Slavoj Žižek, Joan Copej y Louis Althusser, entre otros (Laclau, op. cit.: 131-149).

puede referirse a sus propios límites sin, al mismo tiempo, falsear estos límites. Según Laclau, esta problemática introduce la posibilidad de significantes que no tienen significado: significantes vacíos. Un signifiicante vacío puede emerger solo si hay una imposibilidad estructural en la significación misma, y solo si esta imposibilidad significa ella misma una interrupción de la estructura del signo.

Pero ¿cómo es posible que un signifiicante no tenga adosado un significado y a la vez sea parte integral de un sistema de comunicación? La subversión del signo: tal es el acontecimiento que implica la posibilidad de un signifiicante vacío —a través de la subversión del signo (de la estructura del signo) se alude a algo que es esencial a la significación misma pero que queda fuera de ella.

Para constituir un sistema, los límites deben presuponer una exclusión. La delimitación del sistema implica una exclusión radical. De ello se deduce que todo sistema es una totalidad falsa en tanto se funda en la exclusión. Lo que se introduce a través de la instancia de discurso es una lucha por significar aquello que ha sido excluido o reprimido, aquello que el sistema ha definido como ajeno, como lo otro y primordialmente peligroso para el sistema. ¿Y qué es lo que excluye todo sistema para poder constituirse como sistema? Excluye la igualdad entre los elementos del sistema, puesto que todo sistema es necesariamente un sistema de diferencias. Ahora bien, esta igualdad excluida no es una igualdad actual e histórica, es más bien la idea de una comunidad universal. Al no estar presente en el sistema de significación, esta totalidad universal se vuelve el objeto imposible al que *apuntan* performativamente los discursos político-culturales.⁸ Para significar esta totalidad ausente del sistema, es necesario subvertir el sistema de diferencias y, ante todo, un signifiicante dentro del sistema tiene que vaciarse de su contenido particular para poder aludir a esa totalidad excluida. Esta imposibilidad estructural de significar lo excluido es lo que funda el discurso de la política.

⁸ El carácter performativo de toda construcción político-discursiva es subrayado por Laclau en su último libro. “Una discusión sobre la cuestión de si una sociedad justa será provista por un orden fascista o socialista no procede como una deducción lógica a partir de un concepto de ‘justicia’ aceptado por ambas partes, sino mediante una investidura radical cuyos pasos discursivos no son conexiones lógico-conceptuales, sino atributivo-performativas” (Laclau, op. cit.: 126).

Crítica cultural y teoría del discurso: dos casos

Como vimos, en una situación dada los significantes de un sistema tienden a articularse en torno a un significante que se ha vaciado de su significado particular para significar la oposición al sistema que une a todos los significantes. Tomemos por un momento el término “terrorismo.” En el discurso de seguridad nacional de muchos gobiernos, “terrorismo” no alude a un significado concreto, como podría ser “movimiento dedicado a promover el terror como medio para alcanzar ciertos fines,” sino que, a través del vaciamiento del significante, apunta a una negatividad radical. Este vaciamiento del significante permite aludir, por ejemplo, a la idea de una comunidad de individuos unidos a través del libre mercado. El terrorismo se construye discursivamente como el *nombre* de la negatividad que no permite la existencia plena de esa comunidad libre. La efectividad del discurso de seguridad consiste en haber vaciado de significado concreto al término terrorismo para unir en torno a una idea de comunidad internacional demandas y luchas que, por sí mismas, son heterogéneas. El discurso es en este sentido una operación político-ideológica que quiere lograr un dominio determinando un término como el significante de la comunidad total o de la negatividad que impide que esa comunidad se actualice en la realidad. Lo mismo se puede decir del término “imperio” en la terminología de la ideología bolivariana. Al vaciar de su significado concreto al término, se convierte en el significante vacío que alude a la pura negatividad del mal, al mal en sí, que evita que se conforme una comunidad de pueblos soberanos.

Pero veamos un ejemplo más cercano. Muchas personas han escuchado hablar de o conocen la figura y la voz de la cantante Gladys Moreno. En cierto momento, el significante “Gladys Moreno” puede vaciarse de su sentido para apuntar a una falta, una ausencia: la unidad nacional. En una entrevista reciente, titulada “La pascana de Gladys Moreno” en la que cuenta sobre la elaboración de un disco multimedia sobre la artista, el profesor e investigador Luis H. Antezana se refiere a Gladys Moreno como, por una parte, un nombre que remite a una voz particular, a canciones específicas, a una manera especial de interpretar canciones. Por otra parte, el significante “Gladys Moreno” se vacía de su significado concreto (“popular cantante cruceña”) y apunta a un objeto utópico: la nación (Ayllón 2006). Al hablar de Gladys Moreno, Antezana

empieza por particularizarla en su contexto cruceño post Revolución del 52: aquella “Santa Cruz del carretón” no afectada por la “civilización.” Aquí todavía el significante, a pesar de la perspectiva nostálgica de Antezana, refiere a un individuo concreto que vivió ciertas experiencias muy personales y cuya corporalidad es la marca de su ser artístico. Poco a poco esta carnalidad del individuo concreto se va diluyendo en la medida en que el nombre y la figura Gladys Moreno se vacían de contenido. Este proceso de vaciar el significante implica la formación de una cadena de equivalencias: allí donde solo había diferencias se produce igualdad. Por ejemplo, los compositores que rodeaban a Gladys Moreno pierden su identidad concreta, diferencial. Los compositores orientales y los occidentales se confunden en la figura de Gladys: Adrián Patiño, Simeón Roncal, Gilberto Rojas, Godofredo Núñez, Armando Terceros. Para llegar a eso, Antezana interpreta la práctica artística de Gladys Moreno como un proceso de equivalencias a través del cual las diferencias pierden su peso específico a favor de una totalidad que es la ausente nación boliviana. Cita a la biógrafa Beatriz Rosells apuntando que Moreno es “la más intercultural de nuestras artistas”. El significante “Gladys Moreno” se convierte en sitio de pasaje, en una pascana a través de la cual tienen que pasar los otros significantes para igualarse, que equivale aquí a nacionalizarse. Es un sitio de intercambio donde la cueca se convierte en taquirari, donde cueca y taquirari se igualan, ambos refiriendo a la esencia de la nacionalidad. La música, y por extensión la figura de Gladys, se convierte en el significante de un objeto imposible: una identidad plural. Antezana llega a decir que Gladys Moreno es precursora de la Asamblea Constituyente. Ese es el clímax del vaciamiento del significante. Un segundo después, la particularidad de Gladys retorna cuando Antezana la coloca lado a lado a otras intérpretes: Janis Joplin, Edith Piaf, Cesarea Evora. Recupera entonces su carnalidad, y el significante vuelve a llenarse con un significado concreto, diferencial.

A modo de conclusión: la función de la crítica político-cultural

Antezana, uno de los pocos que se ha interesado en Gladys Moreno como fenómeno cultural, tiene la virtud de explorar tanto la dimensión de significante vacío de esa figura como su particularidad única. Lo que sucede es que no se puede llegar a significar el objeto imposible si no es a través de un significante

concreto y carnal. En este sentido, y como indica Ernesto Laclau, el significante vacío es un significante infinitamente inadecuado para recibir a su objeto. Hay una inadecuación constitutiva. Es hacia esta inadecuación donde debe dirigirse la atención crítica no solo de los analistas profesionales, sino de los ciudadanos en general. Si bien es cierto que los discursos sociales, y específicamente los discursos políticos, no serían posibles sin la creación de significantes vacíos, la teoría del discurso nos brinda algunas herramientas para distanciarnos críticamente de los discursos que se producen constantemente en torno nuestro. He intentado ofrecer aquí, siguiendo a Laclau, un punto de anclaje que, aunque no es neutral ni refleja una verdad absoluta, nos puede hacer más conscientes de nuestra contingencia e historicidad y de la contingencia e historicidad de los discursos en los que estamos inmersos. Por último, nos hace dudar de que algún significante o algún sector de la sociedad sea *realmente* la encarnación del ideal de la comunidad. Si aceptamos acríticamente la evidencia que nos presenta el significante vacío, entramos en el terreno de ideologías religiosas fundamentalistas. La dimensión utópica es esencial para la formación de cualquier discurso político-cultural, pero, al mismo tiempo que reconocemos su importancia, debemos armarnos con instrumentos críticos que nos distancien de la peligrosa ilusión de que hay una encarnación directa y sensible de la comunidad universal en nuestros cuerpos.

La teoría del discurso pone en evidencia que solo a partir de significantes concretos, de luchas y demandas particulares, de cuerpos singulares, se puede significar el horizonte de la utopía. Nos pone en guardia también frente a la fácil recepción de un significante como “terrorismo”. Si bien el término “terrorismo” refiere a aspectos de la realidad, es también y de manera esencial un objeto construido por procesos discursivos. La atención crítica respecto de los discursos no es tarea solamente de analistas profesionales que interpretan la información para dárnosla ya digerida. La crítica debe ser una parte esencial de la formación ciudadana, y no debemos dejar que los medios o los analistas hagan el trabajo por nosotros. No se trata de demonizar a los medios de comunicación, simplemente hay que potenciar la capacidad crítica de los que recibimos y producimos discursos.

Bibliografía

Antezana, Luis H.

1983 "Sistema y proceso ideológico en Bolivia (1935-1979)". En **Bolivia, hoy**. Ed. René Zavaleta Mercado. México: Siglo Vientiuno. 60-84.

Ayllón, Virginia

2006 "La pascana de Gladys Moreno. Un diálogo con Luis H. Antezana J." En **Alejandro**, julio. 10-12.

Bajtín, Mijail

1974 **La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais**. Barcelona: Barral Editores.

Barthes, Roland

1990a "Elementos de semiología". En **La aventura semiológica**. Barcelona: Paidós. 17-83.

1990b "La aventura semiológica". En **Comunicación**. Vol. 40. Barcelona: Paidós.

Benveniste, Émile

1989 "De la subjetividad en el lenguaje." Trad. Juan Almela. En **Problemas de lingüística general**. Vol. 1. México: Siglo Vientiuno. 179-87.

Laclau, Ernesto

1996a "Why do empty signifiers matter to politics?". En **Emancipation(s)**. Londres: Verso. 36-46.

1996b **Emancipación y diferencia**. Buenos Aires: Ariel.

2005 **La razón populista**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Marías, Julián

1980 "Historia de la filosofía". En **Revista de Occidente**. Madrid.

Van Dijk, Teun A.

2004 "Ideology and Discourse Analysis." En **Ideology Symposium**. Oxford.

2005 "Ideología y análisis del discurso." En **Utopía y Praxis Latinoamericana**, 10.29. 9-36.

Verón, Eliseo

1998 **La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad**. Barcelona: Gedisa.